

Nuestra misión: liberar la libertad

Mtra. Aurora Zarzosa Parceró

Coordinadora de Identidad y Misión
Universidad Iberoamericana Cd. de México
Marzo 2021

A través de la encíclica *Fratelli tutti*, el Papa Francisco nos confronta a mirarnos, a darnos cuenta y confesar, -reconocer ante nosotros mismos y las demás personas-, si de algún modo y en alguna medida, estamos participando de la violencia que somete y hiere cruelmente a tantas personas de tan diversas maneras, para escuchar la invitación, dentro de nosotros mismos, a revalorar lo que podemos y queremos hacer ante ello.

El Papa Francisco hace una analogía entre aquel hombre del relato del buen samaritano - que cuando iba de camino de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos asaltantes, que después de despojarlo y golpearlo sin piedad, se alejaron dejándolo medio muerto-, con todas las personas que en este mundo son despojadas de su dignidad y de los bienes a los que tienen derecho, violentadas sin piedad y abandonadas en una situación límite de muerte.

Ello nos brinda una ocasión para hacer un ejercicio de contemplación. Tal como los ejercicios de contemplación que se nos proponen cuando vivimos los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. El Papa Francisco nos está dando *los puntos*, como lo hace quien da los Ejercicios Espirituales a través de la encíclica. Y a partir de ellos podemos sumergirnos, como comunidades de colegios y universidades jesuitas, en la escena del buen samaritano, *como si presente nos hallásemos*. Permaneciendo atentas a descubrir: ¿con quién nos identificamos? ¿Qué sensaciones, sentimientos, creencias, recuerdos, imágenes y deseos se despiertan en nosotras?

Tal como lo haríamos en Ejercicios Espirituales o en una clase, -cuando queremos acercarnos y situarnos en el contexto de una realidad-, el Papa Francisco inicia haciendo la composición del lugar y va describiendo el mundo social que hemos construido -este mundo humano en el que habitamos en común, configurado a partir del modo en el que nos vinculamos entre nosotros.

En la descripción de la realidad social, el Papa Francisco no se limita a destacar los hechos que acontecen. Explicita la forma de sentir, pensar y valorar de las personas; las motivaciones y los deseos que nos llevan a actuar de tal o cual modo. Y a partir de ello hace un discernimiento, identificando con claridad, qué es lo que nos ha conducido como humanidad a construir este mundo social dominado por la violencia. Reivindicando lo que la Congregación General 36 había sostenido al afirmar que la raíz del mal en el mundo es un corazón dividido.

Este corazón dividido por los enfrentamientos que acontecen continuamente dentro de él, - y que San Ignacio denominó, una batalla de espíritus-, es el escenario donde se batan a duelo dos posiciones que se enfrentan como polos opuestos, para decidir: ¿qué es lo mejor? ¿qué haré en esta situación? Donde el debate se alza en una lucha interna diciendo: “Es que por una parte... pero por otra parte...”.

Esta batalla de espíritus constituye una *experiencia* con la que nos enfrentamos cotidianamente y que clama reconciliación. Entendiendo aquí por experiencia todas nuestras sensaciones, sentimientos, creencias, criterios, valores, recuerdos, imágenes y deseos que surgen dentro de nosotras al estar situadas dentro de un *contexto*, al estar abiertos y en relación con lo que acontece en el presente, en el tejido de relaciones que hemos creado en el devenir de la historia como sociedad a partir de compartir nuestra existencia en un mismo espacio y tiempo. San Ignacio las llama, *mociones* porque es todo aquello que surge en nuestra interioridad, que se *mueve* dentro de cada persona y que es provocado por la situación que cada persona está viviendo. En esta batalla intervienen todas nuestras mociones; nada queda fuera. La experiencia entonces es el modo en el que nombramos la complejidad y diversidad de todo lo que acontece en nuestra interioridad y que antecede nuestro actuar. Del modo en el que comprendamos, ordenemos y valoremos nuestra experiencia se decidirá entonces nuestra incidencia y participación en y con la sociedad.

Las batallas de espíritus nacen *desde* cómo estamos y lo que se juega en estas batallas es la posibilidad de reconciliar, dentro de nosotras mismas, quiénes somos, cuánto valemos y para qué estamos aquí. Y por tanto son una oportunidad para transformar el modo en el que nos vinculamos con las demás personas y el para qué nos vinculamos. Porque es *desde* la comprensión y valoración de nuestra identidad y vocación personal, el lugar *desde* el cual decidiremos nuestro actuar en el mundo con las demás personas.

Así, la *Fratelli tutti* describe cuál es la dinámica, que acontece y gobierna en el corazón de las personas, por la cual la violencia gana la batalla en nuestro mundo social y se encarna en estructuras injustas, violentas y excluyentes desde las cuales establecemos y regimos el modo de vincularnos, -estructuras sociales, políticas, legales y económicas-.

Acercando su mirada al acontecer de los vínculos sociales, descubre, quita minuciosamente el velo que nos impide mirar y desenmascara, la raíz de la dinámica del mal en el mundo. Visibilizando los tres grandes obstáculos de la libertad: el miedo, la ignorancia y la violencia.

Así, *siempre* que nos enfrentemos a una decisión en la que esté aconteciendo una batalla de espíritus en nuestro interior, -cuando la libertad de la persona está siendo sometida por el miedo, la ignorancia y la violencia-, las personas vamos a elegir permanecer y perpetuar las dinámicas que nacen de nuestros miedos, desconfianza y apegos, desde nuestra confusión y desde el modo en el que nos comprendemos sometidas por la situación de violencia que estamos viviendo. Las dinámicas que surgen del miedo, la ignorancia y la violencia nos conducen necesariamente a permanecer en ellas porque no podemos ejercer nuestra libertad para liberarnos de éstas.

La única posibilidad que tenemos, como personas y sociedades, de escapar de esta dinámica para buscar y encontrar nuevas formas de vincularnos, es *darnos cuenta desde dónde nace* esta dinámica y *a dónde nos está conduciendo*. Es decir, desenmascarar cómo esta dinámica está cimentada y sostenida en nuestros miedos y apegos, en las falsas creencias y criterios que hemos asumido como verdaderas y que han ido consolidando un modo de comprendernos y valorarnos a nosotras mismas, y *desde la cual se desprende* nuestro modo de articularnos y relacionarnos como sociedad; modos de sentir y pensar, valorar, decidir y actuar que hemos construido a lo largo de nuestra historia, como personas y sociedad, a partir de experiencias pasadas dolorosas –experiencias que no supimos reconciliar en su momento- y que nos mantienen en esta tensión constante de lucha, porque no terminamos de aceptar que nuestros miedos nos gobiernen; porque no desaparece, no se desvanece del todo, la intuición de son posibles otros modos de comprendernos, valorarnos y vincularnos; porque *algo* dentro de nosotras mismas se resiste a resignarse a que la violencia que experimentamos, -ya sea porque somos nosotras quienes la ejerzamos, porque la permitimos o sufrimos-, siga hiriéndonos y destruyendo, tanto nuestra capacidad de ser sustentables, como el anhelo que todas las personas tenemos de vivir en armonía

y en sinergia con la vida que amamos y valoramos. Este *algo* es el dinamismo de la vida que clama su existencia; el dinamismo de la vida encarnado en todas y todos, que surge desde nuestro interior para en-frentarse, en combate cara a cara en nuestro interior, contra el dinamismo del miedo.

Si queremos que sea nuestro anhelo de una vida justa y reconciliada lo que se encarne en la realidad y restaure la armonía al interior del mundo social que habitamos, necesitamos *examinarnos* a nosotras mismas. Distinguir con claridad cuáles de nuestras mociones surgen de la dinámica del miedo y se configuran en los deseos a los que damos vida en la realidad a través de nuestras acciones, -conduciéndonos a continuar sometiendo nuestra libertad y perpetuando la violencia en nuestras vidas -. Vidas que se juegan en nuestro mundo social. Y distinguir las, con la misma claridad, de aquellas mociones que se articulan en qué deseos, en respuesta al dinamismo de la vida que clama por incidir y transformar el mundo en un mundo más justo y amoroso. Y esto, desde la espiritualidad ignaciana, es lo que llamamos discernimiento ignaciano.

Este *examinarnos*, este mirar de manera más cercana y atenta, lo que acontece dentro de cada una de nosotras, San Ignacio lo define como un ejercicio espiritual. Para San Ignacio, un ejercicio espiritual es todo modo en el que preparamos y disponemos lo que acontece en nuestra interioridad, -en nuestra experiencia-, que tiene como fin ordenar nuestras mociones para desprendernos de todo aquello que esté desordenado y nos impida ser capaces de ejercer nuestra libertad para amar, para que una vez que nos hallemos en libertad de los sentimientos, apegos, falsas creencias, valores y deseos desordenados que nos impiden vivirnos y elegir en libertad, podamos buscar y encontrar, lo que sí nos conduce a vivirnos en armonía. [EE 1]

Quiero destacar aquí una experiencia. Colaboradores de Jesuitas por la Paz, -quienes se han dedicado a la reconstrucción del tejido social insertándose en y con las comunidades-, participaron en el taller “Construyendo relaciones justas y pacíficas” que ofrece un itinerario para ordenar nuestras experiencias dolorosas hasta llegar a la reconciliación. Se dieron cuenta de que es necesario que las personas nos adentremos en nosotras mismas para reordenarnos; deconstruyendo todo aquello que nos impida abrirnos al diálogo, para reconstruirnos nuevamente de tal modo que hagamos de la reconciliación un proceso que logre, tanto establecer los límites y consecuencias para el respeto de la dignidad de todas las personas involucradas e impedir que la violencia continúe, como abrir la posibilidad de crear vínculos desde lo que valoramos, apreciamos, agradecemos unas de otras y lo que podemos y queremos ofrecernos entre nosotras.

Si no somos capaces de identificar y distinguir con claridad qué está sometiendo nuestra libertad, no podremos desprendernos de aquello, y lo que acontece en nuestra interioridad estará con-fundido; todas nuestras sensaciones, sentimientos, creencias, valores y deseos estarán entremezclados, fundidos en un todo amorfo, sin sentido y coherencia porque alberga contradicciones no reconciliadas.

El discernimiento es el proceso que logra esta reconciliación eligiendo de qué nos necesitamos desprender y con qué nos queremos quedar, atendiendo a la veracidad, bondad, justicia y belleza de cada una de nuestras mociones y desenmascarando el modo en el que nos estamos engañando y el para qué de este engaño.

Las batallas internas que experimentamos día a día y que nos impiden vivirnos en paz como fruto de la armonía que brota del trabajo de reconciliación de los conflictos, son la expresión de la necesidad y el anhelo de confrontar y/o confirmar la propuesta que el mundo me ha hecho y me sigue haciendo, y que yo he asumido como verdadera; la propuesta sobre quiénes somos, cuánto valemos y cuáles son nuestras posibilidades concretas para detentar una vida sustentable como personas y humanidad. Las batallas de espíritus, en donde nuestros deseos pugnan entre sí, son siempre una oportunidad de reconciliación. Y las habilidades que tengamos para discernir nuestra experiencia será lo que determine *desde dónde* tomamos nuestras decisiones. Si desde nuestros miedos o desde nuestra vocación a la vida y nuestra capacidad para amar. Y eso lo decidirá todo.

Necesitamos atender nuestra experiencia para discernirla, para reflexionar sobre ella, para darnos cuenta y ser conscientes de ¿de qué me quiero desprender? y ¿con qué me quedo? en la reconstrucción que hacemos de nosotras mismas. Y el único modo en el que podemos hacerlo es sumergiéndonos en nuestra experiencia, contactando con lo que percibe mi cuerpo y lo que siento afectivamente. Es decir, “sintiendo y gustando” mi experiencia. Porque si permanecemos desde nuestro pensar, sin acercarnos a lo que nuestro cuerpo expresa a través de las sensaciones y sentimientos que el contexto provoca en nosotras, seguiremos instaladas en las creencias y criterios que hemos asumido desde la dinámica de nuestros miedos y apegos; será *desde ahí* que hagamos el intento de comprender la realidad; desde nuestro estar con-fundidas y en la ignorancia de lo qué es lo que nos impide mirar y des-cubrir con claridad la verdad, qué es lo que nos impide ser sensibles para valorar lo que está juego, lo que se está perdiendo, lo que estamos lastimando. Permaneceremos habitando en el pensar, en una construcción mental asumida como

verdadera, sin entrar en contacto con la realidad. Porque es nuestra capacidad de percepción sensible y afectiva lo que nos habilita a sentir la realidad, a significarla y valorarla.

Nuestra capacidad para situarnos dentro del contexto queda entonces así anulada porque nosotras mismas nos vivimos escindidas de nuestra propia experiencia, y no podemos darnos cuenta de lo que necesitamos y queremos; no tenemos claridad respecto de lo que nos significa la realidad, respecto de qué amamos y cuánto lo valoramos. Y por tanto estamos muy lejos de poder elegir y disponer de los medios para construir una vida con sentido.

Este reflexionar es el momento en el que *recuperamos nuestra experiencia*, para ordenarla a la luz de la verdad. Más sin la atención, escucha y discernimiento de nuestras mociones, sin dejarnos afectar por la vida, sin permitir que la realidad provoque en nosotras sensaciones y sentimientos, no podremos jamás desenmascarar lo que nos está lastimando y permaneceremos presas de la violencia, atrapadas en nuestros propios engaños y esclavizadas en nuestra libertad por nuestros miedos y apegos: el pensar por sí mismo y desarraigado de la vida que acontece y que clama por ser atendida y escuchada, es un lugar *desde* el cual no podemos reconocer y valorar la dignidad de la vida sencillamente porque hemos anulado nuestra sensibilidad para percibirla.

San Ignacio refiere al modo de aprender de nuestras experiencias cuando afirma que: “No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente”. [EE 2] Es nuestra sensibilidad, nuestra capacidad de con-movernos, de ser com-pasivas, de dejarnos afectar por lo que acontece en el mundo, de dolernos, lo que nos capacita y habilita para significar la realidad y ser capaces de apreciarla y valorarla, para atesorarla y contemplar su bondad y belleza.

Lo que dirige nuestro actuar en el mundo es lo que amamos y valoramos; esto es lo que anima nuestros deseos y lo que nos conduce a concretarlos en la realidad. Si queremos incidir en los vínculos sociales que construimos entre nosotras, necesitamos tener la capacidad de revalorar nuestras prioridades, de resignificar nuestras creencias y de encontrar los medios que efectivamente nos conduzcan a vivir conforme a lo que anhelamos. Y esto sólo es posible desde nuestra capacidad de percibir la realidad sensible y afectivamente. No podemos dejar fuera del proceso de aprendizaje nuestras sensaciones y sentimientos porque ellas son las que nos revelan lo que nos es valioso, toda vez que somos capaces de recuperar nuestra experiencia.

Los seres humanos dedicamos nuestra vida y actuamos conforme a lo que nos es más valioso; lo que apreciamos como el mayor bien. Para priorizar qué es lo que consideramos lo más

valioso, lo mejor, lo más amable en cuanto digno de ser amado, necesitamos aprender a discernir. Y San Ignacio tiene mucha razón al decir que primero, necesitamos desenmascarar las dinámicas del miedo que someten nuestra libertad. Porque si bien podemos anhelar cosas legítimas y buenas en cuanto que nos restituyen en nuestra dignidad, si nos vivimos gobernadas por nuestros miedos, desde la ignorancia y sometidas a la dinámica de la violencia, los medios y las estrategias que generemos desde esta dinámica nos conducirán a perpetuarlas con la falsa promesa de alcanzar lo que amamos.

Necesitamos identificar las creencias y estrategias nos han conducido a lastimarnos. Contactar con cuál ha sido el costo que hemos pagado a lo largo de nuestra vida al asumir estas creencias y estrategias. Dolernos por ello. Desenmascarar y en-frentar los miedos que sostienen estas creencias y estrategias. Identificar cuáles son nuestros apegos y a dónde nos han conducido. Voltar a mirarnos, sentir, darnos cuenta y valorar la violencia con la que nos vivimos con tal de obtener aquello que queremos poseer. Darnos cuenta de que si hemos estado dispuestas a violentar es porque en ello hemos puesto nuestra seguridad; a ello hemos entregado la resolución ante las preguntas de quiénes somos, cuánto valemos y a qué vida podemos aspirar. Necesitamos detenernos y evaluar si efectivamente la dinámica de nuestros miedos y apegos nos ha conducido a lo que nos había prometido. Si no es así, entonces y sólo entonces, se abre la posibilidad de buscar nuevos caminos. Y este es el camino que San Ignacio nos propone para ordenar nuestras mociones en la primera semana de los Ejercicios Espirituales.

Sólo después de contactar sensible y afectivamente con ello, podremos darnos cuenta de que ya no queremos recurrir a la violencia, el miedo y la ignorancia para someternos a nosotras mismas y a las demás personas. Porque nos hemos permitido contactar con nuestra experiencia y contactar con el dolor de vivimos sometidas por nuestros miedos, apegos y engaños, somos capaces de liberar, como quien libera a una persona de los escombros de la casa que había construido y que un terremoto derrumbó sobre ella, el deseo de vivir conforme a lo que amamos profundamente, lo que da sentido a nuestras vidas y restablece la armonía entre nosotras y nosotros. Solo entonces habremos reconocido y valorado nuestra dignidad y la de todas las personas y estaremos en disposición para buscar y encontrar los caminos que nos conduzcan a la reconciliación con nosotras mismas, con la naturaleza, las demás personas y Dios, en caso de ser creyentes. Más allá de nuestras convicciones religiosas, seremos capaces de sumarnos en sinergia con la vida que nos trasciende, anima e inspira desde lo más hondo de nuestra interioridad.

Necesitamos darnos cuenta de qué nos tenemos que desprender, si queremos realmente vivir en libertad para amar. ¿Qué límites son los que tendríamos que aceptar para retornar así a quiénes somos? Un retorno a vivirnos desde nuestra condición humana, nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Un retorno a la humildad contactando con la tierra de la que estamos hechas. Desprendernos de jugar a ser dioses o seres insignificantes, bajo el esquema de víctimas y agresores, para recuperar y sostener la dignidad de todos y todas, como seres humanos en quienes anida el profundo anhelo de una vida reconciliada, justa y amorosa.

Liberar nuestra libertad es lo que, como colegios y universidades jesuitas, estamos llamadas a reivindicar en cada una de las personas que confían en nosotras y nos permiten participar en su proceso de formación humana: la capacidad de ser libres para *en todo amar y servir*.

La libertad es una habilidad humana, que podemos llegar a detentar y ejercer, si logramos recuperar la consciencia de quiénes somos. Solo en la medida en la que nos apropiamos de nuestra identidad, de nuestras cualidades como seres humanos, somos capaces de ejercer nuestras habilidades de tal modo que efectivamente nos conduzcan a la más plena realización de quienes somos aquí y ahora, en el mundo con las demás personas.

El modo de comprendernos a nosotras mismas está determinado, enmarcado o delimitado, por el modo de situarnos en la historia; de comprender nuestro lugar en el mundo; por el modo de asumir nuestra dignidad como personas y como miembros de la comunidad de Vida que llamamos naturaleza; por el modo de asumir nuestra humanidad en vinculación con las demás personas. Así, el modo de comprendernos a nosotras mismas está enmarcado dentro de un horizonte de comprensión y de sentido más amplio que denominamos *espiritualidad*. Y de acuerdo a nuestra espiritualidad, será el horizonte de posibilidades que seamos capaces de visualizar cuando nos respondamos a las preguntas: ¿Qué puedo esperar de la vida? ¿Qué quiero ofrecer al mundo?

De ahí que la invitación de la Compañía de Jesús de acercarnos a conocer la espiritualidad ignaciana es una invitación a revalorar nuestra dignidad como personas y el sentido del para qué estamos aquí. Lo cual, asumido como comunidades de colaboradores y colaboradoras del sistema de colegios y universidades, se traduce a nuestra identidad y misión. La Compañía de Jesús nos invita a acoger nuestra vocación como humanidad a vivir en sinergia con la vida desde la

experiencia de gratuidad y abundancia, desde la cual podemos liberarnos de nuestros miedos y apegos. Es decir, desde la libertad para acogernos a nosotras mismas, a las demás personas y a la vida toda, tal y como estamos siendo, para sumergirnos en nuestra experiencia y desde ahí, escuchar y discernir las invitaciones que todos y todas tenemos a una vida justa, incluyente reconciliada y amable por su bondad y belleza.

En el fondo, el desamor es la raíz de los tres grandes obstáculos de la libertad. Lo que nos impide escuchar nuestra experiencia es el desamor; no tener la capacidad de amarnos tal y como estamos siendo. Lo trágico es que sólo desde la escucha de nosotras mismas seremos capaces recuperar la consciencia de las cualidades que creímos no ser, a partir de las experiencias dolorosas de encuentro con personas a quienes otorgamos y delegamos el derecho y la responsabilidad de definirnos.

La escucha de nuestra experiencia es el acto más amoroso que podemos tener para con nosotras mismas; es lo único que nos puede devolver al habitar desde nuestra humanidad; lo único que puede enfrentar y combatir nuestros miedos, aclarar nuestras confusiones y desvanecer como nuestra mejor opción, tanto el recurrir a la violencia contra nosotras mismas y contra las demás personas, como el someternos a ella; es lo único que nos permitirá restaurar y proteger nuestra dignidad e integridad y colaborar en la conformación de un mundo más humano, incluyente y capaz de reconciliarse en el respeto de las diferencias que conforman nuestra cultura, nuestra forma de ser, nuestras creencias y valores, que encarnan lo que amamos y valoramos para encontrarnos desde nuestra humanidad centradas en el respeto y aprecio de nuestra dignidad para recrear, compartir y celebrar la vida en comunión.

Y esto es el paradigma pedagógico ignaciano: el proceso a través del cual aprendemos de la escucha y discernimiento de nuestra experiencia. ¿Por qué entonces nuestros colegios y universidades no logran plenamente su misión de formar personas libres, compasivas, conscientes, competentes, creativas, productivas y solidarias, cuya inserción en el mundo habilite las condiciones de posibilidad para ser un mundo más justo y reconciliado?

El paradigma pedagógico ignaciano ha perdido su fuerza y sentido porque lo hemos desarraigado de la espiritualidad que le da vida y del discernimiento que lo informa, integrando el fluir del dinamismo de las dimensiones humanas, -nuestra corporeidad, afectividad, criticidad, sociabilidad, creatividad, libertad y apertura a la trascendencia-, en un solo proceso que nace del

situarnos en nuestro contexto, se entrega a su experiencia para dar cuenta de sus creencias y valores y responde, conforme a ello, en el encuentro con las demás personas y el mundo.

Al insertarse en la dinámica de los colegios y universidades, el paradigma pedagógico ignaciano fue sometido dentro de las aulas, en gran medida, a la dinámica de enseñanza-aprendizaje de contenidos y habilidades limitadas a determinadas áreas del conocimiento y el ejercicio de la criticidad, siguiendo el deseo de responder a la demanda social y los fines que ella se propone. Fines que han sido construidos desde la narrativa del miedo a contactar con nuestra experiencia y una postura individualista frente al mundo, que desconoce que en nuestra dimensión social se encarna la necesidad y la vocación a habitar, convivir y ser con las demás personas en un espacio común donde no hay oposición entre el yo y las demás personas, porque dentro de cada persona se encuentra el respeto y el aprecio a todo ser humano, así como el deseo del mayor bien que incluye a todos y todas.

El paradigma de la excelencia académica como la principal finalidad de la educación desconoce al mundo herido, le mira ahí y desvía su atención, su caminar; no se conmueve, no se siente interpelado por su dolor; pasa de largo; no se hace cargo tal como lo hicieron el sacerdote y el levita en el relato del buen samaritano.

¿Qué es tan importante para justificar el que no nos detengamos? ¿A qué le tenemos miedo? ¿Qué dicen y revelan nuestros actos cuando desviamos la atención, cuando nos acercamos ciertos conocimientos o al desarrollo de ciertas habilidades, sin contactar con la realidad? ¿Para qué los desarraigamos del contexto de este mundo herido? ¿Cuáles son nuestras ganancias secundarias? ¿Vale la pena dedicar a ello nuestro quehacer cuando el mundo yace herido a muerte en el suelo?

¿En qué medida seguimos aislando los conocimientos y habilidades del uso que podemos darles, de su verdadero sentido y finalidad, disponerse al servicio de la vida? ¿Para qué aislamos estos conocimientos y habilidades de las personas? ¿Porqué no miramos que forman parte de un proceso mucho más amplio y complejo que es el ejercicio de nuestra humanidad encarnado en el proyecto de vida de cada uno y cada una de las estudiantes?

Hemos creído que basta abrir espacios para el desarrollo de todas nuestras dimensiones humanas y a esto lo hemos llamado formación integral. Así dentro de nuestros colegios y universidades hemos creado espacios para hacer deporte y ejercitar el cuerpo, para recibir acompañamiento psicológico, clases de danza o pintura, hacer prácticas profesionales,

actividades de servicio social, clases de reflexión universitaria o valoral, etc.. En el fondo seguimos repitiendo una propuesta de educación que nace de una cultura creada a partir de corazones divididos, de un modo de vivirnos escindidas de nosotras mismas donde, en el mejor de los casos, tenemos espacios para el ejercicio de cada una de las dimensiones humanas. Espacios escindidos entre sí, incapaces de comunicarse y de integrarse en un solo proceso.

Este es el valor y la importancia de que el paradigma pedagógico ignaciano se convierta en nuestro modo de facilitar los procesos de aprendizaje. El método es el mensaje, lo queramos o no. Necesitamos aprender a ejercer nuestra humanidad de modo que seamos capaces de restablecer la armonía en el mundo. Y así como en los Ejercicios Espirituales el contenido es la experiencia de la persona y los Ejercicios Espirituales son un camino para ir procesando y ordenando nuestra experiencia; del mismo modo, el paradigma pedagógico ignaciano es el camino a través del cual la persona va haciendo el discernimiento de su experiencia; va procesando su experiencia para distinguir con qué se queda y de qué se desprende para elegir y construir en comunidad sus creencias, sus valores y deseos.

Necesitamos integrar el ejercicio de todas nuestras dimensiones humanas en cada uno de los espacios de formación que ofrecemos, empezando por los de docencia, que abarca y reclama para sí, el mayor tiempo del estudiantado. Lo necesitamos porque lo que queremos restaurar y habilitar es la capacidad de discernir, para que, en libertad, nos dejemos conducir por la búsqueda del mayor bien en cada situación de nuestras vidas, y disponiendo de todo lo que somos y tenemos, -reconociendo el valor y la sacralidad de la vida de cada ser humano y de la naturaleza y el deseo de participar en la construcción del tejido y de las estructuras sociales-, seamos capaces de *tan solo desear y elegir lo que más nos conduzca a ello*.

Necesitamos centrar nuestra formación en las personas recibéndolas en toda su complejidad y dinamismo. Comprometernos con cada una. Acompañarles en su proceso de aprender a liberar su libertad: es decir, de aprender a discernir. Acompañarles desde donde está cada una, en el corazón de las batallas que acontecen en su interior al estar situada en el contexto de la realidad de este mundo, donde se juega y decide el sentido de su vida y lo de ella hará.

Cuando decimos que la educación que ofrecemos está centrada en la persona nos estamos comprometiendo a acompañarlas para dejar en libertad su capacidad de amar. Lo cual implica:

- desarrollar las habilidades propias del ejercicio de su humanidad

- restaurar su consciencia sobre su dignidad como ser humano
- reconciliarse su historia
- aceptar y acoger la realidad tal cual es
- distinguir de su experiencia la dinámica del miedo, la ignorancia, la violencia y el desamor, de la dinámica de la libertad,
- distinguir entre aquello que reconcilia y promueve la vida, de aquello que la destruye, escinde, fractura y violenta
- abrazar y comprometer su vida con lo que ama y valora
- estar dispuesta a asumir las consecuencias de su opción por la vida y entregarse libremente al seguimiento de sus más profundos anhelos en este mundo donde impera la violencia
- ofrecer y disponer su vida entera, todo su haber y poseer, toda su libertad, su memoria y entendimiento y toda su voluntad, al servicio de la vida pisoteada [EE 234]
- sosteniéndose tan solo en su experiencia de amor incondicional que le mantiene lúcida, libre y comprometida para colaborar en la construcción del restablecimiento de la justicia y la reconciliación

Esto es lo que acontece en los Ejercicios Espirituales en un proceso de cara a Dios. Donde la escucha de sus más profundos anhelos es la escucha de los deseos inspirados por el Espíritu. Un proceso que la persona inicia con *Principio y Fundamento* situándose en sus más plenas posibilidades y su más radical vocación a ser en armoniosa comunión en el amor con Dios, con las demás personas y el mundo, para irse abriendo a la experiencia de Su amor incondicional. Un amor que le acoge tal y como está siendo, que le permite reconciliarse consigo misma, con su historia y el presente, y le acompaña en el proceso de ordenar su vida de cara a ir profundizando en el conocimiento de Jesús. De tal modo que el sentido que Jesús da a la vida del ser humano, - que se va revelando a partir de la forma en que Jesús comprende, ama y valora la dignidad del ser humano en su modo de vivirse y vincularse-, va acrecentando su amor a Jesús y el deseo ser una con él, de entregarle su vida para que Dios disponga de ella y le conduzca a vivirse en libertad para en todo amar y servir. La persona va creciendo en docilidad al amor de Dios, lo cual le va permitiendo enfrentar sus miedos y desprenderse de sus apegos para configurarse a sí misma a la luz de las creencias, valores y anhelos cristianos que encarnan el sueño de Dios para sus hijos e hijas muy amadas, al mismo tiempo, que encarna la más radical vocación humana a ser en el

encuentro amoroso, justo e incluyente del nosotros y nosotras que nos convoca a restablecer la justicia para aquellas personas que están siendo violentadas personal y estructuralmente.

Del proceso que San Ignacio propone en Ejercicios Espirituales de cara a Dios, surge en analogía, el paradigma pedagógico ignaciano como el proceso para que las personas aprendamos de la escucha de nuestra experiencia de cara al mundo que clama por nuestra entrega y participación.

Hoy estamos siendo invitadas por el Papa Francisco a dejarnos transformar por el amor que Jesús anuncia en el buen samaritano. El amor del que todas somos capaces si logramos confrontarnos de tal modo que podamos llegar a situarnos en la indiferencia ignaciana, es decir, en un grado de libertad tal desde el que podamos *tan solo desear y elegir* lo que nos conduce a vivirnos desde nuestras más plenas posibilidades en el ejercicio de nuestra humanidad.

¿No será que la *Fratelli tutti* nos convoca a evaluar si lo que hemos venido haciendo hasta ahora verdaderamente nos conduce para concretar la misión para la que fuimos creados los colegios y las universidades jesuitas?

¿En qué medida nuestra visión de lo que podemos llegar a lograr como colegios y universidades jesuitas en la formación de las personas está siendo sometida por nuestros miedos, apegos y falsas creencias?

¿No será que cuando pasamos de largo ante el dolor del mundo y de sus estructuras injustas y excluyentes, estamos situadas desde la desconfianza, estamos en búsqueda de falsas seguridades y estamos siendo cómplices de la construcción de los muros que nos separan como humanidad y que dejan fuera, invisibilizan, descartan, niegan y excluyen a tantas personas de la posibilidad de los medios para construir una vida según su dignidad?

Miremos si no estamos siendo presas de la indiferencia, del miedo a contactar el dolor; miremos si no estamos cómodamente sirviendo a los intereses económicos de una élite social a la que no nos atrevemos a confrontar con la realidad porque nosotras mismas no tenemos la capacidad de reconciliar el dolor del mundo y no tenemos la confianza de sobrevivir a la experiencia de la crueldad que como seres humanos somos capaces. Miremos si tenemos la confianza para facilitar el proceso de sanar nuestras heridas y el proceso de la reconciliación, y si no es así, atrevámonos a asumirlo y a preguntarnos qué necesitamos para hacerlo.

¿No será que vivimos inmersos en una desolación que nos conduce a no involucrarnos, a pasar de largo? ¿No será que nos hemos resignado a vivir desde ella? ¿No será que estamos siendo perezosas, tibias o negligentes en la escucha y discernimiento de nuestra experiencia para vivir de acuerdo a nuestros más profundos anhelos? [EE 322]

¿No será que el situarnos en la realidad del mundo herido nos pueda conducir a reconocer y restaurar nuestro valor, nuestra fortaleza y nuestra capacidad de amar incondicionalmente para dar lo mejor de nosotras mismas, más allá de los resultados? [EE 322]

¿No será que de cara a Cristo crucificado, -de cara a la violencia que estamos dispuestas a ejercer como humanidad para callar la entrega de quien defendió la dignidad humana ante toda exclusión-, podamos conmovernos ante la muerte que estamos dando y permitiendo en cada hermano y hermana, cuando les abandonamos en la cruz en las que nuestra avaricia, soberbia e indiferencia les han colocado?

¿No será nuestra desolación una invitación a crecer en humildad, para desprendernos de nuestra soberbia y vanagloria y hacer algo por la defensa de nuestros hermanos y hermanas vulneradas? ¿Una invitación a mirar y reconocer el amor que nos trasciende, que no se agota en cada uno y cada una, que va más allá de nosotras mismas, que lo inunda todo, lo anima todo y nos convoca a hacerlo presente y a conducir el modo en el que nos vincularnos entre nosotras? [EE 322]

¿No será que es una invitación a confiar en la fuerza de este amor que nos convoca a vivir en el desapego, a soltar nuestras falsas seguridades y aceptar la fragilidad de la condición humana, para entonces quedar libres de nuestros miedos y descubrir la gratuidad de la vida y del amor que acontece en la historia y del cual somos partícipes, para que desde el agradecimiento de tanto bien recibido nos abramos en libertad a colaborar por la justicia y reconciliación en el mundo? [EE 233]

¿No será que hemos sido heridos a tal grado y que no sabemos cómo resituir nuestra dignidad porque estamos inmersos en la falsa espiritualidad que el mundo globalizado y dominado por los intereses económicos de una minoría, nos propone? ¿No será que está logrando su objetivo de someter a nuestras consciencias y a nuestra libertad en su vocación a amar porque hemos sido educados en el miedo y la desconfianza? [FT 152]

¿No será que escuchar nuestra experiencia y discernirla es el camino para asumir nuestra responsabilidad y recuperar las posibilidades que tenemos de construir el camino de la justicia y la reconciliación?

Los colegios y universidades jesuitas, tenemos una invitación a un modo de comprendernos como humanidad desde la espiritualidad ignaciana, y tenemos un modo de habilitarla desde el discernimiento ignaciano. Y lo estamos invisibilizando, lo estamos dejando de usar, de vivir y de proponer al mundo.

Lo que está en juego no es la excelencia académica y qué tan buenos son nuestros colegios y universidades bajo la lupa de este criterio. Dejemos de vernos a nosotros y nosotras mismas egocéntricamente y de situarnos de cara a la demanda de los poderosos en búsqueda de su reconocimiento. El mundo gime de dolor, las personas nos estamos violentando entre nosotras porque no sabemos quiénes somos y para qué estamos aquí.

Cuando hacemos de la excelencia académica el fin de la educación en nuestros colegios y universidades, y cuando promovemos una formación escindida, que no logra formar en la libertad, en el discernimiento ignaciano, estamos haciendo de los medios, el fin. Y desde ahí se comprende que no nos hagamos cargo del mundo herido como el buen samaritano que se hizo prójimo a sí mismo interpelado por el dolor. Cuando TODO no tienen otro sentido más que el de ser un medio, un pre-texto para formar personas sensibles, compasivas, conscientes, capaces de atender al mundo herido, de detenerse ante lo que les conmueve, de dolerse y de revalorar sus prioridades, dedicar su tiempo, sus recursos, de aliarse con otras personas para colaborar con un fin común, de dar todo lo que son y tienen, incluyendo sus conocimientos y habilidades profesionales, al servicio de la reconciliación y la justicia y de hacerlo por amor, libremente, porque por sí mismas son capaces de resignificar sus creencias, revalorar sus prioridades, de tomar las mejores decisiones y de actuar en congruencia.

¿En qué medida estamos creyendo que la excelencia académica es nuestra misión? ¿Qué tan cierto es que estamos suponiendo que es el objetivo más alto, el mayor bien que podemos alcanzar? Y sí, no podemos trabajar para dos amos. Tenemos que discernir y elegir cuál es el fin, el mayor bien. Y cuáles son mejores medios para alcanzar el fin. Sólo entonces podremos decidir según la regla de San Ignacio donde *tanto* hemos de usar de los medios, *cuanto* nos conduzcan al fin, y *tanto* hemos de privarnos de ellos, *cuanto* nos lo impidan. [EE 23]

Miremos si estamos confundidas y en qué grado hemos perdido el rumbo. Nuestra misión como colegios y universidades jesuitas surge de un discernimiento de los signos de los tiempos. ¿En qué medida, quienes colaboramos y concretamos su quehacer, seguimos sin encontrar y proponer otros caminos más que los de la violencia o la sumisión? Porque la indiferencia, esta evasión y huida de la realidad para permanecer a salvo del dolor humano, es un modo de sumisión. No nos engañemos; la indiferencia es un modo de complicidad con el mal en el mundo. Permitir, mantenernos al margen, no levantar la voz, no denunciar, no participar en hacer de la reconciliación el modo de vincularnos para disolver la dinámica del poder, el no trabajar ni poner los medios suficientes para movernos de lugar, -para recuperar la posibilidad de ejercer todos y todas desde nuestra dignidad como seres humanos-, este pasar de largo del sacerdote y el levita ante aquel hombre herido, es ser parte de la violencia.

Todas las personas que colaboramos en colegios y universidades de la Compañía de Jesús estamos convocadas, llamadas, interpeladas a colaborar en la misión de restauración de la justicia y la reconciliación en el mundo. Y no será, sino a través de nosotras, que la misión llegue a acontecer y a encarnarse en la historia.

Formarnos para apropiarnos de la espiritualidad ignaciana y el discernimiento ignaciano como nuestro de situarnos en la vida, a la escucha de nosotras mismas, de nuestras experiencias, nos permitirá dejarnos interpelar por nuestros más hondos anhelos; que nos convocarán a buscar cuál es el fin último, cuál es el mayor bien. Nos convocarán a no descansar hasta encontrarlo. En palabras de Pedro Arrupe, a no resignarnos a que el mundo siga como si nosotras no hubiésemos existido. A ir por lo que realmente tiene sentido para nosotras, y después crear y disponer de los medios que mejor nos conduzcan a ello.

Más allá de nuestras creencias religiosas, las personas que colaboramos en los colegios y universidades estamos invitadas a situarnos desde la espiritualidad ignaciana y vivirnos inspiradas por nuestros anhelos de paz y justicia, de amistad social. Sin ello, nuestra mirada no será capaz de acoger las posibilidades de vida de los y las estudiantes, y no podremos acompañarles para ampliar su mirada y acoger sus posibilidades como propias. De tal modo que ellas mismas, en su inserción en el mundo, no podrán acoger la lucha por abrir los caminos y crear esas condiciones para todos y todas, desde donde estén y con quienes estén.

Desde nuestra identidad y misión, desde nuestra espiritualidad, no tenemos otro modo de proceder más que formando en el ejercicio de la libertad a través de la apropiación del discernimiento como modo de aprender de nuestra experiencia para restaurar la armonía perdida. Esta es la confianza radical de San Ignacio en la que se fundamenta el sentido, el para qué del sistema de educación jesuita en el mundo desde su inicio en la historia.

En sintonía con la *Fratelli tutti*, nuestra misión es educar en la cultura del encuentro, el diálogo y la reconciliación. Desde todos los espacios que habitamos y compartimos con otras personas, -desde nuestras aulas, los campos de fútbol o en nuestra vinculación con comunidades vulneradas y con el resto del mundo-, nuestra misión es mediar y facilitar el discernimiento del tejido o texto de las creencias, valores y deseos que anidan en cada persona a partir de su experiencia de contacto con la realidad social de este mundo herido, para construir juntos y juntas, -en el diálogo con las personas vulneradas y las estructuras sociales injustas imperantes-, nuestra comprensión y valoración de quiénes somos los seres humanos y cuál es el sentido más pleno de nuestro estar siendo en relación entre nosotros, cuál es el sentido de nuestra participación como co-creadores en el mundo social que compartimos. -que habitamos en común-, para crear nuevas formas de convivencia a través de la reconciliación que el discernimiento posibilita. Y asumir nuestra responsabilidad de responder, -valga la redundancia-, como actores sociales, ante los discursos que provocan y difunden el miedo, ignorancia, la violencia y el desamor.

Necesitamos colaborar para que el reconocimiento y respeto al derecho de cada persona a ser sí misma y de ser diferente se haga parte de nuestra cultura. Donde nadie sea irrelevante y a nadie se le niegue su valor. Sólo esto hará posible la gestación de un pacto social real donde quepamos todos y todas. [FT 218]. Donde podamos irnos humanizando cada vez más acogiendo la riqueza de nuestra diversidad; sin perder nuestra identidad personal y cultural. Y esta es la principal tarea de la educación jesuita que debe atravesar transversalmente el ejercicio de sus funciones sustantivas de docencia, investigación, vinculación e incidencia social.

¿En qué medida estamos perdiendo, dejando ir, la oportunidad de incidir en la formación de las personas que a su vez incidirán en la transformación de la sociedad y en la creación de esta cultura?

Detengámonos a mirar las consecuencias del no asumir nuestra responsabilidad. Porque no sólo estamos perdiendo la oportunidad de acompañar a las personas para ser capaces de decidir

por sí mismas desde el ejercicio de su libertad. Dejar de ejercer esta área de oportunidad es callar, es abandonar a los y las niños, niñas, jóvenes y familias, es permitir que la dinámica del poder ocupe el lugar de sus mentes y corazones al no comprometernos con ellos y ellas, al no diseñar procesos para su formación en el discernimiento, al no brindar las herramientas para que por sí misma, cada persona y comunidad, le enfrenten.

Nuestra misión nos convoca a formar “estrellas en medio de la oscuridad”, a ser los héroes y las heroínas del presente que trabajan por la escucha, el dialogo y la reconciliación a través de la formación de los héroes y las heroínas del futuro, capaces de romper con la lógica enfermiza de la dinámica del poder a partir de su decisión de sostenerse en la verdad que nos revela que el bien común es el mayor bien al que podemos aspirar. Los colegios y universidades son un espacio privilegiado para ser el corazón de la sociedad, donde se gestan silenciosamente estos héroes y heroínas. [FT 202]

Necesitamos abogados y abogadas, administradores, psicólogos y psicólogas, profesionistas comprometidos y comprometidas con la búsqueda de la verdad, capaces de reconciliar, de defender la dignidad de cada persona y su derecho a la diferencia, capaces de dialogar, de conmovearse y de apostar y dedicar su vida a ello. Y esto sólo se logrará si esto que queremos se convierte, se traduce, en nuestro método, en nuestro modo de facilitar, no sólo el conocimiento, sino el desarrollo de la persona desde el ejercicio de su libertad. Que otros sigan pensando y utilizando a la educación para sus juegos de poder. Nosotras, alimentemos lo bueno y pongámonos al servicio del bien común. [FT 77]

La *Fratelli tutti* es un discernimiento que nos convoca a despertar; a mirar, a sentir, a no desviar la mirada, a hacerle frente a la realidad. Evadir la mirada y desviar el camino es y ha sido parte de nuestra respuesta como humanidad ante el dolor. ¿Cuántas veces necesitamos tropezarnos con la misma piedra para despertar? El discernimiento ignaciano es el medio a través del cual podemos romper el círculo que nos encadena y condena a repetir los mismos errores, a no encontrar la salida; el discernimiento ignaciano puede romper la lógica que nuestros miedos y apegos imponen porque nos habilita a amar.

El discernimiento ignaciano es un proceso amoroso que acoge nuestra fragilidad, nuestras resistencias. Solo la escucha amorosa de cómo estamos y la reconciliación con lo mucho que nos hemos lastimado a nosotras mismas y a las demás personas, por lo que hemos hecho o dejado de

hacer, es lo que nos permitirá mirar un horizonte esperanzador donde el miedo al dolor, nuestros apegos y las dinámicas compulsivas en las que nos vivimos, no tienen la última palabra, porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. [Rom 5; 20]